

CONGREGATION
FILLES DE MARIE IMMACULEE
Marianistes
CASA GENERALIZIA
Via E. Jenner, 10 - 00151 ROMA
Telefoni 06.58230994 - 06.5376320
Fax 06.58209233

De La Superiora General
A Todas las hermanas de la Congregación
Objeto Circular n. 26
Fecha Por el aniversario de la Fundación : 25 de mayo 2010

Muy queridas hermanas,

Aquí estamos, un año más, invitadas a dar gracias por lo que Adela y sus primeras compañeras sembraron y de cuyo fruto nosotras vivimos hoy.

El último viernes de enero, en la iglesia San Marcelo, JPIC nos invitó a orar por el pueblo de Haití. Escuchamos a una religiosa salesiana haitiana compartir su plegaria a Cristo: « Señor, tu conoces todas las desgracias que han acontecido en nuestro país y ahora permites este terremoto. Ya no nos queda nada. Todo es ruina... ¿dónde estás Señor? ¿qué haces? »

Y al Señor preguntarle: « ¿crees? » “sí, claro que creo, Señor.” “Pero, ¿crees verdaderamente?” “Sí Señor, creo”. “¿Crees en la Eucaristía? ¿crees que estoy vivo en la Eucaristía? ¿lo crees verdaderamente?” “Sí, Señor, creo que estás vivo en la Eucaristía”. “Entonces, si crees que estoy vivo en la Eucaristía, ahí estoy yo, bajo los escombros, en los sagrarios de la catedral, de las iglesias, de las capillas; estoy ahí con los muertos, estoy ahí con los heridos, con los supervivientes. Estoy ahí y todo el sufrimiento de mi pueblo de Haití, es el mío. Yo lo comparto, lo tomo sobre mí. Sí yo estoy ahí, totalmente vivo entre ellos, con ellos.»

Este testimonio me ha impactado, me ha interpelado profundamente. Estaba ante alguien que, tras una terrible prueba, confesaba su fe en un Dios realmente vivo. ¿No es acaso, el testimonio que han dado todos los que, en medio de los escombros de Puerto Príncipe, Léogane o de Jacmel, levantaban sus ojos hacia el Señor, le suplicaban, le alababan?

Además de esta interpelación, tuvimos otra al inicio del consejo general extraordinario con la conferencia de la hermana Nuria Calduch. Ella, a partir de las profetisas de la Biblia, resaltó los rasgos que deberían caracterizar nuestra vida consagrada para que sea testimonio de Aquél que nos llama. No voy a volver sobre esta conferencia, porque ya la habéis recibido. Recordaré solamente, que nuestra vida tiene su fuente en una experiencia fuerte de Jesucristo y en el amor personal que nos tiene a cada una. Por otra parte, el día de nuestra profesión, confesamos públicamente nuestro deseo de responder a su amor. Ello nos ha llevado a vivir los tres votos propios a toda vida religiosa, como el modo de reordenar las tres grandes tendencias del ser humano: el tener, el poder y el sexo. Se trata de ir contracorriente del modo de pensar “del mundo” como dice San Juan. Dar el lugar justo a las orientaciones del ser humano es, por una parte, protestar contra lo que transmiten los medios de comunicación, lo que están reflejando nuestras sociedades, y por otra parte, es testimoniar lo que Dios espera de cada una de nosotras, es avanzar en el camino de la libertad de los hijos de Dios. Nuestra vida

en coherencia con el Evangelio se convierte en testimonio profético del designio de amor de Dios, en manifestación de la enseñanza de Jesús: « *Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo*». Lc 10.27-28

Amar a Dios, amar al prójimo, es lo que significa la Cruz con sus dos brazos, uno, vertical, bien plantado en tierra, el otro, horizontal, que quiere abrazar a toda la humanidad. « *Y yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí.* » Jn 12.32. Jesús, manifiesta hasta el final el amor del Padre y su deseo de salvar a la humanidad: « *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen...te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso* » Lc 23.34.43 y él mismo, estando todo cumplido, se entrega al Padre que le había enviado.

Desde hace algunos años, oímos con frecuencia hablar de una vida consagrada mística y profética. ¿No significa esto que para dar testimonio de Aquel que nos da la vida, es imprescindible estar profundamente arraigadas en su amor? ¿No es eso lo que nos ha revelado Jesús mismo? Si dedicamos un tiempo a leer uno de los evangelios, descubrimos desde el primer al último capítulo, cómo Jesús tiene necesidad de estar en soledad, del silencio para acoger la voluntad del Padre. Estos largos tiempos de intimidad son « *el alimento que sus discípulos no conocen* » cf. Jn 4.31 y son los que le permiten ver y actuar como el Padre. Es lo que afirma en los debates que le enfrenta a los incrédulos judíos: « *El Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace él, eso también lo hace igualmente el Hijo.* » Jn 5.19

Respondiendo a la llamada de Cristo, a su seguimiento, hacemos profesión de ir haciéndonos conformes a El. Por eso, para que nuestra vida, nuestras palabras, nuestros gestos hablen del Otro, importa que estemos enraizadas en una relación personal profunda, viva, con el Señor. Os comparto este texto de Vida Consagrada (n. 84) que expresa muy bien lo que quiero decir:

« Los Padres sinodales han destacado el carácter profético de la vida consagrada, como *una forma de especial participación en la función profética de Cristo*, comunicada por el Espíritu Santo a todo el pueblo de Dios. Es un profetismo inherente a la vida consagrada en cuanto tal, por el radical seguimiento de Jesús y la consiguiente entrega a la misión que la caracteriza. La función de signo, que el concilio Vaticano II reconoce a la vida consagrada, se manifiesta en el testimonio profético de la primacía de Dios y de los valores evangélicos en la vida cristiana. En virtud de esta primacía no se puede anteponer nada al amor personal por Cristo y por los pobres en los que Él vive. (...)

La verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la palabra en el diálogo de la oración, la proclama con la vida, con los labios y con los hechos, haciéndose portavoz de Dios contra el mal y contra el pecado.»

¿No es esto lo que han vivido todos los santos: un encuentro decisivo con el Señor?. Él se convierte en el único amor, un amor que se traduce en vida entregada al servicio de los pobres, sean quienes sean. Pienso en Madre Teresa de Calcuta que llegó a esta magnífica síntesis: « *el fruto del silencio, es la oración; el fruto de la oración, la fe; el fruto de la fe, el amor; el fruto del amor, el servicio; el fruto del servicio, la paz.* » Pienso en Chiara Lubich y en todo el movimiento de los focolares. « *Que todos sean uno* » Jn 17, esta es la palabra de Cristo que trastocó a Chiara Lubich cuando se encontraba en Trento, bajo los bombardeos

durante la segunda guerra mundial. Esta palabra se encarnó en ella de tal manera que el movimiento, hoy, se ha extendido en el mundo entero y sus miembros trabajan por la unidad entre las religiones, entre los pueblos, en la sociedad, en la familia...

Cómo no recordar a Adela, tan apasionada por Cristo y al mismo tiempo tan creativa para salir al paso de toda clase de necesidades que descubría a su alrededor, después de la Revolución francesa.

Si abrimos los ojos a lo que se vive en el mundo de hoy, podemos descubrir hombres, mujeres, jóvenes, apasionados por Jesucristo que se ponen al servicio de aquellos que están sufriendo a su alrededor. Pero, estos santos de ayer y de hoy, ¿a qué fuente acuden para tener, a la vez, un amor cada vez más apasionado por Cristo y, en Él por el Padre y el Espíritu Santo, una creatividad que les lleve a responder a las necesidades de los pobres, enfermos, marginados de la sociedad? Efectivamente, allí donde hay indiferencia, desprecio, ellos saben procurar una atención silenciosa, una palabra, una mirada de amor que les ayude a ponerse en pie.

¿No es en la Eucaristía donde los santos nos invitan a encontrar la fuente de una vida cada vez más entregada al Señor y al servicio del prójimo?

Así es como, en el atardecer del Jueves Santo, Cristo nos dejó el memorial de su Pasión-Resurrección, para que luego seamos, pan partido y repartido para nuestros hermanos y hermanas. Sí, es en la Eucaristía donde todos los santos han encontrado y encuentran la gracia de la fidelidad a este primer encuentro con Cristo, encuentro personal, decisivo que hace nacer en ellos un amor ardiente, apasionado y comunicativo, un amor que privilegia a los pobres y los pequeños.

Recordemos a Adela, joven adolescente, cuando el sacerdote le invita a hacer la primera comunión. Ella valora la grandeza de este sacramento, no quiere celebrarlo sin tener el tiempo de prepararse. Desde este primer encuentro, Cristo se convierte en el centro de su vida, la razón de ser de sus reflexiones, de sus acciones. Es Aquél que está unido a ella. Muy pronto le llamará, divino Esposo. Algunos años después de su primera comunión, expresará así este amor que le consume: *«Preparémonos a ella, con mayor entusiasmo, con mayor fervor que de ordinario. Que, como los discípulos de Emaús, nuestros corazones ardan cuando oigamos la voz secreta que nos hará oír a Aquel que está en medio de nosotras. ¡Ardamos de fervor, ardamos sin cesar para este Señor que no cesa de colmarnos de favores!..»* 47.3

Toda su vida, estuvo habitada por este deseo de hacer conocer, amar y servir, a este Señor que le cautiva. Que todas las criaturas le conozcan, le amen y le sirvan. Y ella nos pide que vayamos a *«sacar a la fuente sobreabundante de la divina eucaristía»* 313.4 la gracia que necesitamos para cumplir la misión. Esta misión que nos desborda siempre, y con frecuencia nos desanimamos porque nos miramos más a nosotras mismas, a nuestros límites, en vez de entregarnos totalmente a Él. Ella nos confirma, que junto a Él, encontramos la fuerza, el ánimo necesario para reanudar el camino.

El jueves 3 de junio (o el domingo 6), vamos a celebrar la fiesta del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo. ¿No podríamos encontrar, personalmente y/o en comunidad, cómo retomar conciencia de la grandeza de este don que Cristo nos hace cada día? Es tan fácil, al menos esa es mi experiencia, dejarse llevar de la rutina, de la costumbre...

Reavivar nuestra participación en este sacramento nos llevará, sin duda, a un amor más ardiente por el Señor y a su vez, a un deseo de entregarnos a Él, con El y en El al servicio del prójimo.

Empecemos por maravillarnos y dejar que penetren en nuestro interior, estas palabras que pronuncia el sacerdote al terminar la consagración: « *este es el Misterio de nuestra fe.* » Sí, este misterio es grande. Entremos en un camino renovado de fe, porque necesitamos que, lo que ya sabemos con nuestra inteligencia, baje al corazón. El P. Chaminade nos invita a llevar toda la fe de nuestro corazón a la celebración de este inefable misterio. Escuchémosle: « la fe no debe ser sólo una luz en el espíritu, sino que tiene que estar en el corazón. » E.O. n. 1011. Y es verdaderamente cierto para este sacramento.

En la Encíclica, Iglesia de Eucaristía n. 54, Juan Pablo II, que tanto quería a la Virgen María, nos desvela cómo vivir mejor la Eucaristía, siempre desde la fe. « *Puesto que la Eucaristía es misterio de fe, que supera de tal manera nuestro entendimiento que nos obliga al más puro abandono a la palabra de Dios, nadie como María puede ser apoyo y guía en una actitud como ésta.* »

Tratemos de acercarnos a su escuela. En la celebración de la Eucaristía, nos ponemos a la escucha de la Palabra del Señor. Día tras día, El nos dice lo que espera de nosotras, nos comparte su proyecto de amor para toda la humanidad, nos revela la locura de su amor, un amor que levanta, que perdona, que recrea, que se entrega, que espera pacientemente nuestra respuesta. Un amor « *de un Dios tan bueno, que nos ama tanto, que tiene tanta alegría al vernos a su mesa* » 86.6

Acojamos esta Palabra con María, dejemos que descienda a lo más profundo de nuestro ser. Poco a poco nos transformará, nos hará más conformes a la Palabra por excelencia, Jesús, el Verbo de Dios. Como María rumiemos esta Palabra, tratemos de comprenderla, de leer en ella la voluntad amorosa del Padre, en espera. Nada más recibir el anuncio del ángel, María se pone en camino hacia Aïn Karem. Su respuesta « yo soy la esclava del Señor » se traduce inmediatamente en servicio a su anciana prima que, como ella, espera un hijo.

Por su 'fiat', María se ofreció para que se realizase en su carne el misterio de la Encarnación. Con el pan y el vino nos ofrecemos para que se cumpla lo que Jesús realizó, una vez por todas, la tarde de Jueves Santo. Nos hacemos presentes al misterio de su muerte y su resurrección. Entremos en la contemplación de este misterio.

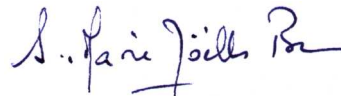
Y llega el momento de la comunión. Recibimos el Cuerpo de Cristo, el Cuerpo de un Dios que se ha hecho carne y que nos da su carne en alimento. « *Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí.* » Jn. 6,56-57 María, la primera, ha recibido el Cuerpo de Cristo. Que ella nos enseñe a acoger no solamente a su Hijo sino también en El, a todos nuestros hermanos y hermanas. Con la respuesta: « Amen » al celebrante, nos adherimos con nuestro espíritu y nuestro corazón a este don que nos hace el Señor, un don que, a su vez, nos compromete a entregarnos. « *Cuanto hicisteis o dejasteis de hacer a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis o dejasteis de hacer.* » Mt 25

Contemplemos a María en el corazón de la primera comunidad. Vive también de la Eucaristía y realiza su misión, la que Jesús le ha confiado en la Cruz. Ella está ahí, ora con

los discípulos, vive del Espíritu Santo. Por su sola presencia, testimonia la presencia de su Hijo y los discípulos comprenden mejor lo que decía Jesús, cuando escuchan cantar las maravillas de Dios y su acción salvadora. Junto a Ella, descubren todo el alcance de su Magnificat. Al cumplirse las obras grandes en María, Dios ha llevado a culmen las maravillas que había comenzado a obrar por la salvación de su pueblo. Por su presencia en medio de ellos, María actualiza la profecía, cuando bajo la acción del Espíritu, en presencia de Isabel que acababa de saludarla, ella canta: « *y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación sobre aquellos que le temen, desplegó la fuerza de su brazo...y exaltó a los humildes, a los hambrientos colmó de bienes y a los ricos despidió vacíos. Acogió a Israel su siervo, acordándose de la misericordia...* » Lc 1.50-54

Que la Virgen María, que nos invita a hacer alianza con ella, nos obtenga la gracia de encontrar en la Eucaristía de cada día, cómo reavivar nuestro amor por el Señor y vivificar nuestro testimonio.

Jesús, tú vienes a mí tan a menudo en la Eucaristía:
que tu gracia me impida habituarme a este encuentro,
que con María, me maraville del misterio que se realiza.
Jesús, enséñame poco a poco, a dejarte espacio en mí, todo el espacio,
como lo hizo María, ocultándose ella, para que llegara tu Hora.
Jesús, manso y humilde de corazón, enséñame a AMAR.
Sí, es grande el misterio de la fe:
misterio de un Dios que se hace hombre
para posibilitarme vivir en alianza con El,
y hacerme testigo de su amor, para todos los hombres.



S. Marie Joëlle Bec
Superiora General